

da, de no ser chismosos y usar las palabras convenientemente. Pero un estilo también voluble, tensionado, sin completo consenso y en busca de decantaciones sobre, por ejemplo, cuál debe ser el papel de la fiesta y el alcohol en la vida social.

Como cabría esperar, el hecho de que el mezquino sea un tipo que genera la máxima repulsión en el mundo de los muertos nos permite reconocer que la mezquindad y ruindad en la cultura chortí sean uno de los antivalores más claramente destacados. En efecto, para muchos chortís la ruindad de la gente, su falta de generosidad, es uno de los mayores defectos que alguien puede tener. Ser mezquino no sólo es un defecto personal sino también un peligro social.

La integración social en las comunidades chortí es precaria por varias razones. En primer lugar por la dispersión de las casas que se establecen aisladas o en pequeñas agrupaciones de dos o tres; en segundo lugar porque no hay lugares de obligado encuentro: no existe, por ejemplo, un único manantial donde aprovisionarse de agua sino que en todas las aldeas hay varios, no hay un centro ceremonial donde se acuda en común y sistemáticamente, no hay tierras comunales y ni siquiera se da un liderazgo compartido (el alcalde pedáneo o el comisionado militar no tienen el necesario consenso y otros posibles líderes, como catequistas, curanderos o coordinadores de proyectos, lo son sólo de parcialidades dentro de la comunidad). Si a ese tipo de configuración espacial, ceremonial y política, se añadiese la idea del individualismo como un bien social, al que sin duda puede conducir la mezquindad, se dificultaría enormemente la creación de una comunidad en todos los sentidos, pero principalmente en el sentido moral. Encontraríamos una condensación de ideología endogámica que, seguramente, imposibilitaría la existencia. Los peligros de la extrema atomización se solventan con prácticas culturales que generan una topografía reticular e integrada, una red de caminos imaginarios que conectan unas casas con otras, conocidas o desconocidas, y que permiten crear la idea de comunidad.

La red se gesta y se recrea continuamente a partir de acontecimientos de trascendencia social que vinculan a dos personas o dos familias, sobre todo las visitas entre dos familias que preceden y siguen a un casamiento e, igualmente, las visitas previas y posteriores a la presentación ceremonial de un ahijado ante su compadre (el *recubal*). Todas esas trascendentales visitas, generalmente realizadas por intermediarios rituales (los «personeros»), implican envíos de comida; el «personero» que lleva un mensaje va cargado igualmente de comida. Lo realmente interesante a mi juicio es que el tipo de comida que se envía y la cantidad obligan al receptor a no ser mezquino y provoca que en vez de generar una relación diádica (por ejemplo

la de la familia del novio con la familia de la novia) genere una vinculación amplia y, como he dicho, reticular. La estrategia es simple: ofrecer al que va a recibir mucha comida y con una característica especial, que sea comida rápidamente perecedera. En un *recubal*, por ejemplo, se regalan dos chumpes (pavos), que pueden pesar más de cinco kilos ya medio cocidos; tres grandes recipientes de atol que pueden sumar cincuenta o sesenta litros y un gran barco (recipiente de calabaza) de tortillas donde van más de doscientas. Evidentemente la familia del padrino que recibe ese regalo, no puede comer todo eso ni tampoco puede conservarlo. Al enviar los pavos medio cocidos se obliga a los compadres a tamalearlos rápidamente y a repartir tamales entre vecinos y conocidos porque si no a los dos días se arruinaría la carne; el atol si no se consume en un día se agria en exceso y es incomedible y lo mismo sucede con la tortilla si no se consume en uno o dos días: se endurece y pierde su emotividad y valor. De tal manera que según el tipo de alimento que se entrega en esas celebraciones se evita tener tentaciones de ruindad. El correlato social es evidente: en una celebración como el *recubal* pueden comulgar en una comida, que aparentemente refrenda un vínculo diádico, más de cien personas. La tesitura en que se pone al que la recibe (el futuro compadre) es clara: o reparte o se le pudre la comida, se llena de gusanos. Parece, pues, que en la figura del mezquino adquiere sentido el significado de la metáfora de la corrupción alimenticia: la comida que no se regala a otros, se pudre, como la sociedad que no hace «regalías» acaba desintegrándose en soledad. La figura igualmente repulsiva del novelero y chismoso permite también entender el cuestionamiento que se hace acerca del valor simbólico de las palabras.

Hemos hablado de la retícula moral que se crea con la circulación de comida, pero tan importante como ésta es la circulación de palabras y del mismo modo que es preciso usar un tipo de comidas que eviten tentaciones individualistas, es necesario emplear palabras igualmente pertinentes para conjuntar y agradar.

El perfil de la palabra pertinente se adivina ya en los rituales chortís previos al nacimiento de un niño. En ellos se pide que nazca «bien bonito y platicón», que no sea «vergüenzudo ni corajudo» y también que no nazca tímido ni tartamudo; se pide para que sea «buena sangre» como expresión clara de que hablará respetuosamente a los mayores, será tranquilo y discreto en sus juicios. Un niño o en general una persona «mala sangre» es aquella pendenciera, caprichosa o irrespetuosa. La palabra justa y medida se relaciona con tener «buena sangre» mientras que el mal uso de la palabra por exceso (gritos «sin modo», chismes, burlas, insultos) o por defecto (tartamudez o timidez) se conecta con la «mala sangre».

Si la palabra pertinente ayuda a crear esa comunidad moral, el chisme, la burla, el insulto (la palabra «pesada») anulan el efecto de conjunción; son, por el contrario, disyuntoras; provocan enfrentamientos y rupturas que en comunidades donde la integración es tan precaria no se deben consentir. Don Simeón usaba como metáfora explicativa el efecto de la sal en un plato para distinguir un tipo de palabras del otro y demostrar cómo unas logran pegar y otras desapegan: «...hay mucha gente que dice está platicando que ni siquiera sal tienen sus palabras. Quiere decir pues que no le busca uno el lado como agradar al otro con sus palabras; eso dicen palabras desabridas, quiere decir que no tomó ni respeto nada. Una comida sin olor es igual, es como comer sin sal. Una persona que tiene cuidado, esté quien esté, no ofende a ninguno con sus palabras, es una palabra agradable; ahora una palabra desabrida es que no se está hablando con agrado, que se está hablando pesado. Amable es el señor que platica en confianza, le da la confianza a uno, no es bravo. Si la persona platica con una su sonrisita así es claro que a la gente le entra, se acerca más, le da la confianza. Si la señora o el señor es puro militar, serio, no llega; los que lo oyen tal vez se alejan. Si la persona da la confianza seguro que los que están por allá se arriman a oír. Las personas que sí tienen su cualidad, dan la confianza con las palabras, las personas se pegan. Igual la comida; estuvo agradable, cuando estuvo sabrosa, estuvo buena».

De esta manera al destacar la presencia especialmente repulsiva del mezquino y del chismoso «novelero» en el mundo de los muertos estoy destacando el valor central del compartir comidas y palabras de un tipo determinado en el mundo de los vivos. Sin embargo no todo es consenso y la figura del «fiestero» en la Gloria o en el Infierno nos permitirá decir algo acerca del cambio. La contradicción en torno a la ubicación del fiestero, de la música, del baile y del alcohol, sin duda se conecta con el conflicto moral realmente operativo en las aldeas en torno al sentido y los perfiles de la fiesta.

En la zona chortí están chocando dos modelos. Uno que entiende la música, el baile y el consumo de alcohol como algo esencialmente bueno y saludable, que aprecia la exposición de los sentidos en su punto álgido. Son necesarios engrasantes sociales. La fiesta con música, alcohol y baile indica que el bienestar del cuerpo está relacionado, podríamos decir, con el bienestar y el disfrute del ánimo. El otro modelo, por el contrario, va en contra de ese tipo de fiestas donde corre la chicha y los bailes se prolongan hasta la madrugada y se aducen razones en un sentido muy parecido: si lo que se pretende con la fiesta es conjuntar familias y comunidad ese tipo de fiestas «alegres» consiguen todo lo contrario: los fiesteros se emborrachan

y pelean entre sí, el dinero necesario para la armonía y el sustento familiar se dilapida en una noche y se convierte en el germen de conflictos en la casa. En otras palabras el alcohol y el baile, lejos de conjuntar, rompen. En realidad suceden ambas cosas: hay fiestas que terminan con abrazos y lloros de emoción entre borrachos, contentos y agradecidos de encontrarse así hermanados y también hay fiestas que terminan a machetazos. El énfasis por destacar en los discursos uno u otro lado de la fiesta depende de recursos sobre el olvido y la memoria, depende de las diferentes fuentes de inspiración de los discursos.

Las fuentes de inspiración para defender uno u otro modelo son distintas. En la zona chortí se distinguen comunidades o agrupaciones dentro de éstas, incluso personas dentro de éstas, que se inspiran para dar sentido a sus acciones fundamentalmente (y en concreto para dar un sentido a la fiesta) en ecos de voces que vienen del pasado, en eso que se ha llamado tradición oral. En estas comunidades, por ejemplo, se recurre a rezadores o rosarieros que son llamados «del otro siglo». Consideran que éstos son mejores y que su competencia se basa en su memoria, en que rezan «a puro memorial», lo que sugiere que pueden rezar oraciones más antiguas («los alabaditos de antes»). También se valora la rapidez del rezo, el temple de la voz y la capacidad para rezar «elevadito», es decir, rezar cantando para así motivar a los que participan en la oración a cantar más alto. Los rezadores nuevos, modernos, son «de libro»; rezan inspirándose en lo que dice el libro de oraciones, que leen mientras rezan. Para los aldeanos que confían en rezadores «del otro siglo», el rezar con libro es una señal de incompetencia; muchos se preguntan «¿qué pasaría si olvida el libro en su casa o lo pierde en el camino? ¿ya no podemos platicar con Dios?». Además, en los libros no aparecen las introducciones, la presentación del rezo y su motivo y si se hacen son genéricas. Por el contrario, las comunidades que prefieren este tipo de rezadores consideran un valor que la palabra se vea, que esté ahí y que no pueda ser inventada; las palabras asentadas en el libro evitan las contingencias consideradas caprichosas del otro tipo de rezadores. Además, están las imágenes que en muchos casos ilustran los libros de oraciones y que le dan un valor añadido; la imagen corrobora la veracidad de lo que se dice, elimina atisbos de duda. Es llamativo que en las comunidades más proclives a los rezadores de libro se dé un intenso gusto por acaparar imágenes de todo tipo, de periódicos, de revistas y sobre todo imágenes sagradas que se compran en puestos callejeros de la cabecera municipal o en Esquipulas. Imágenes del Sagrado Corazón, de la Última Cena o de cualquier Santo. Hay una especialmente atrayente que refleja el juicio y la separación de las ánimas. La imagen tiene la siguiente leyenda: «Carga